



III DOMINGO DE PASCUA*

“Miren mis manos y mis pies; soy yo mismo”

“Ustedes son testigos de estas cosas”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del comentario

Lecturas: Hechos 3,13-15.17-18; 1 Carta de Juan 2,1-5; Lucas 24,35-48

Las lecturas de estos domingos que siguen a la Pascua buscan consolidar la experiencia de nuestra fe en el Resucitado, articulándola con la primera predicación de los apóstoles y haciéndonos entender la necesaria coherencia en la práctica de la vida cristiana.

La lectura del evangelio, tomada esta vez de san Lucas, está situada a continuación del relato de la manifestación de Jesús a los dos discípulos que, decepcionados, se retiraban a su pueblo de Emaús. De hecho, la lectura de hoy comienza recogiendo la última frase de ese relato: “ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían reconocido al partir el pan”. Nos centraremos en la lectura de la manifestación de Jesús resucitado a los discípulos reunidos. La iniciativa corresponde a Jesús: “se presentó en medio de ellos”, con su saludo característico: “la paz con ustedes”, como recordamos haber leído el domingo anterior. Lo que nos llama la atención es la reacción de los discípulos. Les cuesta reconocerlo y alegrarse por su presencia: “sobresaltados y asustados creían ver un espíritu”. Al parecer, no contaban con esta posibilidad. Como en el caso de Tomás, no estaban predispuestos para semejante encuentro con aquél al que habían abandonado y sabían que había sido crucificado. Es el Resucitado el que tiene que hacer posible el reconocimiento: “miren mis manos y mis pies; soy yo mismo”. El que ha merecido la resurrección de parte del Padre es el mismo que había sellado su fidelidad hasta la muerte en cruz. La fe de los discípulos en la resurrección no es fruto de un entusiasmo ingenuo que pasa por alto el peso de la realidad vivida, es un camino arduo de reconocimiento desde la verdad de la cruz. Por eso la referencia a “mis manos y mis pies” como signo de su identidad: “soy yo mismo”. “No terminaban de creerlo”. De nuevo se requiere la iniciativa del Resucitado para hacer recordar a los discípulos sus propias palabras -“cuando todavía estaba con

* Ciclo A

ustedes”-, que les había hablado de sufrimiento y de muerte para al tercer día ser resucitado. Ya entonces les había resultado muy difícil aceptar que ése habría de ser el camino del que ellos querían reconocer como Mesías.

“Entonces, abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras”. La fe en el Resucitado no consiste tanto en la “comprobación” empírica de unos datos, sino en la aceptación confiada del don de su presencia iluminada por el recuerdo de sus palabras. Algo así acontece también para nosotros. Lo que leemos en el texto bíblico no es tanto “información” exacta de un hecho, sino “comunicación” de una experiencia de fe que nos invita a acogerla y hacerla nuestra, a creerla y a vivirla. A ellos – los discípulos de entonces- y a nosotros nos confía el encargo: “Ustedes son testigos de estas cosas”. La vida cristiana es fundamentalmente testimonio de Jesús, que se manifiesta en el seguimiento de su persona y en el proseguimiento de su misión. No es principalmente asentimiento a una doctrina, sino adhesión a una persona, más que conocimiento es vida, un sentido de vida que tiene a Jesús de Nazaret, el crucificado resucitado por Dios, como referente e inspirador de nuestras opciones, criterios y acciones.

Las lecturas de estos dos domingos nos van dejando claro cómo la resurrección de Jesús no significa propiamente un regreso del crucificado a las condiciones de nuestra vida común, como él las había compartido ciertamente antes de su muerte. Su presencia como resucitado se refiere, sí, a la del mismo Jesús –“miren mis manos mis pies; soy yo mismo”-, pero de una manera absolutamente nueva. Para reconocerla se requiere: de su parte, su palabra iluminadora; y de la nuestra, la fe como disponibilidad para aceptarla. Como sugiere Pablo, “su vida, es un vivir para Dios” (Rom.6,10) y entonces ya no puede ser objeto de comprobación, sino de fe. Su vida, la que compartió con sus contemporáneos y Pedro resumió admirablemente en aquel “pasó haciendo el bien” (Hech.10,38), ha vencido a la muerte y vive ahora en Dios. Eso es propiamente lo que significa la resurrección: Dios reconoce y hace suya la vida tan humana de Jesús. Verdaderamente es su Mesías e Hijo de Dios. Y eso es lo que la comunidad cristiana confiesa y está llamada a anunciar: “Ustedes son testigos de estas cosas”. Ser cristiano implica ser testigos de que Dios ha resucitado a Jesús y, por tanto, dar testimonio con la vida de que vale la pena vivir como Jesús. Es lo que llamamos seguimiento de Jesús. Creer en la resurrección es mucho más que una afirmación sobre Jesús, implica un compromiso de dar a la vida un sentido como el que él mismo nos mostró.

La lectura de los Hechos viene a confirmarlo. Pedro, a la entrada del Templo, había sanado a un hombre tullido “en nombre de Jesucristo” (3,6), y, dirigiéndose al pueblo, anuncia “ustedes mataron al jefe que lleva a la vida. Pero Dios lo resucitó de entre los muertos; nosotros somos testigos de ello”. El testimonio de Jesús resucitado se afirma con la práctica que da vida a quien tiene necesidad de ella y con la palabra que explicita la persona de Jesús en cuyo nombre se actúa. Vale la pena preguntarse si mi práctica, mi relación con los demás, mi manera de ser ciudadano es una práctica que defiende y promueve la vida, la dignidad de los insignificantes. Es el criterio para aquilatar nuestro seguimiento al Resucitado.

Quiero subrayar los “títulos cristológicos” que emplea Pedro para identificar a Jesús: “su siervo”, “el Santo y el Justo”, entroncándolo además en la tradición de la fe del pueblo: “el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado a su siervo Jesús”. Creo que es en ese contexto rico de la fe –la del Dios que es amor, crea, libera, no abandona y reivindica al justo, que muere fiel perseguido por los poderosos, Dios de la vida- en el que los discípulos descubren y asumen con convicción que Dios no ha abandonado a Jesús en el dominio de la muerte. A este Jesús, que, en esa misma fe, había vivido como “servidor”, hombre justo, que por amor dio su vida, el Padre lo “ha resucitado” para participar plenamente en la vida del mismo Dios. Lo expresa bien Pablo: “Su vivir es un vivir para Dios” (Rom.6,10). Evidentemente no lo han comprobado. En su proceso de vida recordando a Jesús Dios se lo ha ido descubriendo –“revelando”, los discípulos lo han ido “creyendo”.

La segunda lectura, de la primera carta de san Juan, insiste en la idea de que una vida marcada por la fe en el Resucitado reclama la coherencia de “guardar sus mandamientos”; y sabemos bien que, en el contexto de esa comunidad, el mandamiento de Jesús se resume en “ámense los unos a los otros como yo los he amado” (Jn.15,12). Ese mandato tiene validez para toda persona, época y circunstancia, a condición de que no se quede en una generalidad abstracta. Cada persona tiene que discernir lo que cada situación y circunstancia requiere. Hoy, ciertamente, el cuidado de cada uno para cuidar a los demás, la solidaridad creativa para responder con eficacia a las situaciones de pobreza, de hambre y de desamparo, pero también, mirando en conjunto la situación problemática del país. Es lo que el Papa Francisco llama las “caridad política”. Reclama compromiso y responsabilidad informada en el ejercicio de la ciudadanía, por “bien común”, es decir de todas las personas con preferencia por la vida y dignidad de los más abandonados.

Vivir la Pascua de Jesús en estos tiempos difíciles invita a desempolvar la fe en Jesús, el crucificado resucitado, a avivar la esperanza y a renovar el amor. Dedicemos unos minutos en la semana para reflexionar ante el Resucitado cómo vivir en esta situación “la vida nueva” a la que hemos sido incorporados por el bautismo y cómo redefinir y precisar nuestra misión como iglesia en este tiempo crucial de nuestro país y del mundo.